

á terminar esta leyenda del mismo modo que Eugenio Sué finaliza su *Marqués de Letorière*:

ALGUNOS AÑOS DESPUÉS CASÓ EL PRÍNCIPE DEMETRIO CON UNA PRINCESA GRIEGA.

Confieso que esta conclusión no es de mi gusto; pero es histórica, y yo, novel escritora, tengo un indecible placer en plagiar algo del célebre novelista francés: la he preferido además porque demuestra hasta la evidencia la constancia de los hombres en el amor.

FIN DE LA PRINCESA DE LOS CASPIOS

## LA HERMANA DE VELÁZQUEZ

### I

#### LA VELADA DE SAN JUAN

Serena y bella era la noche del 24 de Junio de 1629. La alameda, que aún hoy se extiende á orillas del tranquilo Manzanares, era entonces más frondosa y se llamaba *Alameda del río*: en las noches de verano, allí era donde tenían lugar las citas misteriosas de los galantes caballeros de la corte de Felipe IV con las bellas tapadas, aunque en verdad no se concebía el motivo de tal secreto, atendida la libertad de las costumbres de la corte.

En la noche de que voy hablando, la concurrencia era mucho más numerosa aún que de costumbre: la alameda, iluminada por multitud de farolillos de colores, presentaba el aspecto más alegre y animado por los gritos de los vendedores de rosquillas, panales y aloja; veíanse aquí y allá tiendas formadas en la en-

ramada, en cuyo fondo cenaban amantes parejas ó alegres amigos, entre los cuales no faltaba algún poeta de los muchos que florecieron durante el reinado de Felipe IV.

La alameda estaba poblada de gentes de ambos sexos: al pasar las damas por delante de las luces de los faroles, lucían, á despecho del misterioso y engañador manto que las cubría, los brocados de sus trajes, las joyas que adornaban sus cabellos y la hermosura de sus negros y rasgados ojos.

Oíanse por todas partes palabras perdidas, suspiros de amor ó advertencias recatadas, formando todo tan extraño rumor, que en vano uno de los muchos observadores recelosos que se hallaban allí hubiera querido analizarlo.

—Junto al álamo grande señalado con una cruz,—decía una dama, que pasaba apoyada en el brazo de otra, al oído de un caballero que permanecía parado é inmóvil como quien espera algo.

—¡Mi marido está aquí!—murmuraba otra volviéndose al galán que la seguía.

—¡Cuánto te amo, Leonor mía!—suspiraba un apuesto Marqués, pegando su boca al manto de la rubia y encubierta Duquesa que se apoyaba en su brazo con provocativo abandono.

Y palabras, suspiros y recatados avisos iban á perderse entre las auras perfumadas de aquella hermosa noche de estío.

En una de las tiendas iluminadas por farolillos y formada de verdes ramas, cenaban dos hombres. Aquella parte era la más animada y concurrida de la alameda: una de las muchas músicas con que los galantes caballeros obsequiaban á sus damas, enviaba al fondo de la tienda sus armoniosos ecos, y las carcajadas y las risas penetraban allí también, como si quisieran alegrar á aquellos dos hombres, cuyo continente, si bien no adolecía de melancólico, era extrañamente grave.

La mesa estaba servida con todo el lujo peculiar de una romería y brillantemente iluminada; los manjares que la cubrían eran sabrosos y abundantes. El de más edad de los dos caballeros aparentaba treinta y ocho años: era alto y de formas abultadas; sus cabellos, de un rubio obscuro, bajaban formando ondas alrededor de su cara hasta tocar sus hombros; sus ojos azules, rasgados y expresivos, veíanse ve-teados de negro, dándoles esta circunstancia un seductor matiz.

Llevaba una riquísima ropilla de terciopelo azul bordada de oro; una capilla de terciopelo granate, y su sombrero, adornado de una hermosa pluma blanca, estaba colgado á su espalda.

Aquel caballero era D. Juan Hurtado de Mendoza, Duque del Infantado y Mayordomo mayor de S. M. el Rey Felipe IV.

El que se veía sentado enfrente de él aparentaba unos treinta años. Era de estatura mediana y llena de gallardía: su tez morena; sus negros y brillantes ojos; sus cabellos de azabache, lustrosos y rizados, le daban á conocer por un hijo del Mediodía de España; era su boca de una admirable hermosura, que realizaba el negro y retorcido mostacho; su nariz recta é intachable, y en su ancha frente se veía radiar un genio sublime.

Su traje era mucho más modesto que el de su compañero: reducíase á una ropilla de terciopelo violado sin adornos, aunque cerrada por unos preciosos herretes de diamantes; caían sobre su cuello de batista lisa los luengos y espesos rizos de sus negros cabellos, cuya densa sombra contrastaba con la azulada blancura de aquél.

La nobleza de su sangre se advertía claramente en sus afiladas y nerviosas manos y en sus pies, de una pequeñez y delicadeza infinitas.

Llamábase D. Diego Velázquez de Silva, y era pintor de cámara y Gentilhombre de la Majestad de Felipe IV.

En el momento que presento estos dos personajes á mis lectores, ambos parecían casi hastiados ya de comer: á lo menos, sus platos medio llenos atestiguaban que habían satisfecho cumplidamente su apetito.

—Veo que la expresión de mi admiración sincera os molesta, amigo D. Diego, y que os son enojosos mis elogios,—decía el Duque á Velázquez, al mismo tiempo que un gallardo caballero, pasando junto á la tienda en que se encontraban ambos, echaba á su fondo una mirada indagadora.

—No lo creáis, Sr. D. Juan—contestó el artista con aquella dulce cortesía llena de dignidad que tan querido le hizo siempre de toda la grandeza.—No lo creáis por vuestra vida: vuestros elogios me son más caros que otros, porque me tenéis dadas pruebas verdaderas de ser muy mi amigo.

—¡Oh! y como que lo soy, Velázquez,—exclamó el Duque, cuya bella y noble fisonomía se animó con una expresión de orgulloso cariño.

—Lo sé, Sr. D. Juan: por lo mismo, aceptaré vuestros elogios, si juzgáis que los merezco, después que os haya dicho de dónde bebía yo antes la inspiración para mis cuadros.

—¿Cómo antes?—exclamó asombrado el Duque.—¿Pues qué, Velázquez, carecéis ahora de inspiración en la época de vuestros trabajos más admirables?

—¡Oh, no!—exclamó el pintor con ardimiento,—¡no! Por el contrario, ahora bebo mi inspiración en otro manantial más puro.

—¡Por Dios, que no os comprendo! Vos habéis nacido pintor, como Quevedo poeta.

—No lo creáis. Nadie nace pintor, poeta ni músico: lo más que nos acompaña al nacer es cierta predisposición ó facilidad más ó menos grande para ésta ó aquella otra cosa, facilidad que desarrolla en nosotros una pasión más ó menos noble también.

—¿Qué es lo que ha desarrollado en vos vuestro sublime genio?

—Aun concediéndos, Sr. D. Juan, que yo naciese con genio, fué éste tan raquíptico y menguado en su nacimiento, que tuve que apelar á la imitación para desarrollarle.

—¿Vos?

—Yo, sí; y contad con que ni á mi padre, Juan Rodríguez de Silva (1), ni á mi maestro y suegro, D. Francisco Pacheco, he hecho nunca la confesión que hoy hago á vuestra amistad.

El Duque se inclinó, del mismo modo que lo hubiera hecho al recibir una merced de un Príncipe real.

—He inquirido—continuó Velázquez,—en Alberto Durero la simetría del cuerpo humano; en Andres Bexalio la anatomía; en Juan Bautista Porta la fisonomía; la perspectiva en Daniel Barbar; la geometría en Euclides; la aritmética en Moya; la arquitectura en Vitrubio y

(1) Velázquez usó siempre con preferencia el apellido de su madre, Doña Jerónima Velázquez, por efecto de un uso introducido en Andalucía.

otros autores; examiné la nobleza de la pintura en Romano Alberti; la brevedad y presteza la aprendí en Micael Angelo Vedrido; el Vasari me ha animado con las vidas de los pintores ilustres, y el Ríposo de Rafael Borghini me ha enseñado erudición (1).

—Eso no quiere decir otra cosa sino que habéis estudiado mucho y con mucha constancia, D. Diego,—dijo el Duque, pagando con un afectuoso apretón de manos la noble y amistosa franqueza del artista.

—En efecto, Sr. D. Juan—contestó éste:—el estudio es lo que desarrolla el talento; pero no anima ni acrece esa chispa que se llama genio, con la cual Dios dota á muchas criaturas: por eso yo, no obstante mis largos y asiduos estudios, he pintado hasta hace un año *mi bodegón* y *mi aguador*, que en tanta estima tiene la corte; por eso me di á pintar *cosas rústicas, á lo valentón, con luces y colores extraños*.

—Yo creí que habíais tomado ese rumbo conociendo que os imitaban ya el Ticiano, Alberto Rafael y otros.

—Y no os equivocáis: esa fué una de las razones por que me abstuve de pintar con suavidad asuntos más serios, pues aunque mis amigos me decían que podría emular á Rafael de Urbino, *más quería yo ser primero en aquella*

(1) Palomino, *Biografía de Velázquez*.

*grosería, que segundo en la delicadeza; la otra razón, y más poderosa, era que, careciendo aún de genio, porque ninguna pasión había venido á animarle, me era sumamente dificultoso pintar otra cosa.*

El caballero que, después de mirar al fondo de la tienda, se había alejado, volvía entonces, y tornó á pararse cerca de ella, medio oculto entre el ramaje.

—¿Cómo, pues, habéis pintado con tanta perfección y maestría hace dos meses ese sublime cuadro de la coronación de la Virgen?

—¡Oh! porque ya había aparecido mi genio, —contestó el artista, elevando á la bóveda celeste, tachonada de estrellas, una mirada de inefable y ardorosa gratitud.

## II

### AMOR DE ARTISTA

El caballero que acechaba aplicó el oído con ávida atención al escuchar la exclamación de Velázquez; éste guardó silencio durante algunos instantes: á la sublime expresión de su semblante había sustituido otra de tristeza profunda y amargo desaliento.

El Duque tomó cariñosamente una de sus ma-

nos, y le contempló por algún tiempo con afectuoso interés.

—Vos tenéis alguna pena, D. Diego—le dijo, después de esperar en vano por un momento á que el pintor rompiese el silencio.—¿No soy—añadió—bastante amigo vuestro para que me la confiéis?

—¡Ah, sí, Sr. D. Juan!—contestó el artista volviendo de su distracción y estrechando la mano que tenía asida la suya: yo os diré de dónde nace mi pesar.

—Presumo que será causado por el amor,—dijo sonriéndose el Duque.

—Y presumis harto bien,—contestó Velázquez lanzando un suspiro, como quien siente aliviado su corazón de un peso enorme.

—¿Y qué dice de esto mi señora Doña Juana Pacheco, vuestra noble esposa?

—¡Juana nada sabe!—murmuró el artista con acento melancólico y quedando de nuevo profundamente caviloso.—Escuchadme, señor Duque—continuó tras una leve pausa:—voy á confiar á vuestra lealtad el secreto más importante de mi vida, y bastan estas palabras para que vuestra hidalguía conozca lo que me importa.

Inclinóse levemente D. Juan Hurtado de Mendoza en señal de conformidad, y el pintor de cámara habló así, mientras que el caballero que rondaba la tienda escuchaba con la mayor

atención, recatándose el semblante todo lo posible con el ala de su sombrero:

—Cuando sali de la corte, á donde apenas hacia un año que habia llegado con objeto de viajar, quedaron en Sevilla mi esposa y mi hija y recorrí la Italia, la Alemania y Flandes, dejando este país para lo último, porque quería conocer y tratar algún tiempo al rey de la pintura, al célebre Pedro Pablo Rubens, por quien sentia una especie de apasionada admiración.

No pude, empero, lograr mi deseo. Rubens se hallaba en Inglaterra, pues tan hábil diplomático como pintor, estaba encargado por la Infanta Gobernadora de Flandes de negociaciones de paz.

Al ver fallida mi esperanza, determiné salir pronto de Amberes; pero quise antes ver la ciudad con alguna detención: entonces estaba devorado por tan negra melancolia, que en nada encontraba solaz; faltábame á veces la inspiración que sólo me asistía para pintar escenas vulgares y groseras; ninguna imagen de belleza se habia grabado en mi alma, que lloraba como una esclava encerrada en una obscura cárcel: casado en la aurora de mi vida con Juana Pacheco, á la que siempre habia amado como á una hermana, ninguna pasión habia llegado á animar mi corazón.

Una mañana que daba vueltas al acaso por

la ciudad, me encontré sin saber cómo en una calle en extremo solitaria, y terminada por algunos árboles: era una de las salidas de la población.

Admirado del aislamiento del sitio, y complacido al mismo tiempo de él, me senté al pie de un álamo, y me entregué á una de esas vagas meditaciones inspiradas por la soledad y que ningún fin tienen.

Yo no sé cuánto tiempo permaneci allí: cuando levanté la cabeza, vi enfrente de mí una pequeña casa, en cuya fachada se abrian cuatro ventanas: en la más inmediata á mi estaba apoyada una joven, á la cual creí una aparición celeste.

—¿Tan bella era?—preguntó Hurtado de Mendoza con benévola sonrisa.

—Tan bella, que jamás he visto nada que se le parezca: fingios, Sr. D. Juan, un semblante de quince años, blanco como el alabastro, é iluminado por dos ojos azules tan rasgados y hermosos como sólo los poseen las flamencas; fingios una cabellera dorada y sedosa, una boca de ángel, una frente virginal, unas manecitas nevadas y unos pies infantiles, y tendréis una idea aproximada de aquella hermosa niña.

—¿Y os la habéis dejado allí?—exclamó extrañado el Duque.

—Perdonadme que no os conteste por ahora á esta pregunta, y que prosiga mi historia,—

dijo Velázquez con mal seguro acento; luego continuó:

—Durante largo rato permaneci contemplando á aquella angélica criatura, sin que ella separase de mí sus grandes é inocentes ojos, y sólo tomé el camino de mi casa cuando la luz de la tarde fué tan débil que ya no podía distinguirla.

—Adiós,—me dijo entonces la desconocida con dulcísima voz, y como si yo fuera un amigo antiguo.

—Adiós— contesté yo,—hasta mañana;—y me alejé lentamente.

No bien la aurora del siguiente día iluminó el cielo, fuí á situarme enfrente de las ventanas de mi ángel, que tardó algún tiempo en llegar.

—Yo no creí que vendrías tan pronto—me dijo sin embarazo ni rubor;—no he dormido en toda la noche pensando en tí, y á la aurora me rindió el sueño: perdóname.

—¿Cómo te llamas, hermosa niña?—le pregunté pasmado de tal candor y sencillez.

—Ana.

—¿Tienes padres?

—No: sólo me acompaña una anciana dueña llamada Tadea; nunca he visto á mis padres, y sólo conozco á ella y á tí.

Nuestra entrevista duró largo rato: nadie vino á interrumpirnos, ni acudiendo á vigilar

por aquella inocente, ni cruzando por aquella solitaria calle.

Ana me dijo que á veces se pasaban meses sin que alma viviente transitase por allí, y que por eso habia sido tan viva su admiración al verme.

Díjome también que no salía nunca de casa, porque un anciano sacerdote iba á decir misa todos los días á su oratorio; que su dueña recibía para ambas la comida de un mesón por una rejilla practicada en la puerta, y que nadie iba á verlas jamás.

Despedime por fin: durante quince días nuestras entrevistas se repitieron, y muy en breve conocí que aquella niña era tan necesaria á mi vida como el aire que respiraba. Bajo la influencia de mi amor, diseñé el cuadro de la coronación que tanto habéis celebrado, y entonces fué cuando advertí que habia encontrado la inspiración que antes huía de mí.

Pero no seguí el ejemplo de Rafael de Urbino retratando á mi Ana en todas las mujeres de mis cuadros, como el hacia con la Fornarina, y á la verdad que hubiera podido hacerlo con más ventaja que él: sus celebradas virgenes son, por decirlo así, otras tantas profanaciones de la purísima Madre de Dios, puesto que todas ellas son retratos de la desenvuelta cuanto bella panadera romana; mientras que copiando yo la angelical figura de Ana, no ha-

cía ultraje alguno á María, puesto que la pureza de aquella joven era un reflejo de la suya.

Yo nací, sin embargo, con un extraño instinto de independencia, y soy original hasta en mis ideas: por eso, pues, si bien tomé del semblante de Ana la belleza y la candorosa expresión que le distinguen para mi Virgen coronada, dí al semblante de la Madre de Dios un tinte dorado que contrasta con la tez de nieve de aquélla; coroné la frente de María de la copiosa y ondulante cabellera de mi amada; pero lejos de darle el dorado matiz de los rizos de Ana, la vestí de obscura sombra, y de esta suerte he respetado también la belleza de la Reina del cielo, no haciéndola copia de la de una de sus criaturas.

—¡Ah, Velázquez! tenéis razón,—exclamó el Duque estrechando conmovido la mano del artista:—¡vos sois noble hasta en vuestros pensamientos!

—Llegó el día de mi partida—continuó Velázquez:—el Rey Felipe IV me llamaba á Madrid, ofreciéndome aposento en su propio palacio, y un estudio en la galería del mismo llamada del *Cierzo*; yo no podía permanecer ni un día más en Amberes, y con el corazón prensado de dolor fui á despedirme de Ana.

Ella me oyó sin pestañear; cuando hube acabado, me dijo tranquilamente:

—Llévame contigo, Diego.

Ante aquella petición, un mundo de alegría se abrió ante mis ojos.

—¿Me seguirías?—le pregunté ebrio de gozo.

—¿Por qué no?—me contestó.—Yo no tengo quien me ame en el mundo más que tú.

—Esta noche á las doce vendré á buscarte, Ana mía,—exclamé preparándome á dejarla.

—Pues toma esos papeles—dijo ella sacando del pecho un pequeño paquete:—hace tres años vino á verme por primera y última vez una dama envuelta en un manto de terciopelo, y los puso en mis manos diciendome:

—Ana, entrega estos papeles al primer hombre que te diga que te ama. Abrazóme en seguida, y desapareció.

—¿Sin decirte su nombre?

—Nada más le oí que lo que te he repetido.

—Hasta la noche, pues, Ana,—le dije tomando pensativo los papeles.

—Hasta la noche,—repitió ella.

No bien llegué á mi casa, rompi el nema, que tenía impresa una corona de Conde, y aparecieron á mis ojos dos pliegos pequeños de papel vitela, perfumado y rico, y enteramente llenos de una letra clara y menuda; entre sus dobleces había una larga trenza de cabellos rubios, que despedían un penetrante aroma, y cuyo matiz era igual al de los rizos de Ana.

Puse en la mesa con religioso cuidado la hermosa trenza, y lei el papel, de cuyo contenido

roy á enteraros si me dais vuestra licencia.

El Duque aproximó su silla á la de Velázquez como preparándose á escuchar, y éste sacó un pliego y empezó á leer lo que sigue.

### III

#### EL RUEGO DE UNA MADRE

«Señor: Quien quiera que seáis, debéis tener un corazón sensible, puesto que se ha conmovido con la inocente belleza de mi hija; yo sé que su hermosura no puede inspirar pasiones bastardas, porque hay en ella algo de angelico que Dios, en su bondad infinita, ha querido darle, ya que carecía de toda guarda en el mundo.

»¡Plegue al cielo, señor, que no estéis unido con eternos lazos á otra mujer cuando conozcáis á mi pobre Ana, y que sea el matrimonio el puerto salvador que acoja su infortunada juventud! Pero si, por desgracia mía, os habéis ya abrigado á él con otra compañera, os suplico, por el amor de la madre de vuestros hijos, por la memoria de la vuestra, que ni aun así la abandonéis.

»La infeliz niña está sola en el mundo: aunque de noble sangre, su nacimiento fué un

crimen, porque su padre y su madre estaban ligados á otros dos seres con los lazos de una eterna unión: su padre la ha olvidado en medio del cúmulo de honores que le abrumba, y su desdichada madre teme la justa cólera de un esposo ultrajado y demasiadamente noble.

»Si mi hija ha conseguido interesaros, velad vos por ella, señor: si sois esposo y padre, ¡por el cielo! no os hagáis reo del mismo delito que el que le dió la vida; pero sed su hermano, y llevadla al lado de vuestra esposa, que Ana la amará con todo su corazón, porque es buena como los ángeles de Dios. Sea bastante poderoso el ruego de una pobre madre, para cambiar vuestros propósitos de seducción en una resolución generosa; y acordaos, señor, de que la mujer que de este modo os ruega, ha caído en ese abismo de remordimientos que os quiere evitar. ¡Sed fuerte! ¡oh, señor! ¡sed fuerte al menos por compasión hacia esa infortunada niña que no tiene otro amparo que el de vuestra piedad!

»Si por su dicha fuérais libre, entonces os juro que no podéis encontrar una compañera más dulce y angelical... ¡Oh, si!... ella os dará esa dicha doméstica, que tan escasa es en la tierra!

»Salvad á mi hija de una perdición cierta, atendida su hermosura y el abandono en que vive; sed su protector: os lo pide por vuestra

fe de caballero y de cristiano, su desdichada madre.—*Ana.*

»P. D.—Dadle esa trenza que acabo de cortar de mi cabeza para ella, y contestadme para tranquilizar mi ansiedad, que no puede cesar hasta saber vuestra decisión.

»Dirigir vuestra carta á Gante, cuartel de San Pablo, sin más señas que éstas: *A. Ana S.*»

—¡Es original la aventura!—dijo el Duque así que Velázquez acabó de leer el pliego.

—Cuando me enteré de esta carta—continuó el artista guardándola,—un sentimiento de profunda y dolorosa piedad se apoderó de mí: la desgraciada suerte de aquella mujer, que por lo poco que se vislumbraba era una noble dama, me conmovió hasta el extremo de arrasar mis ojos en lágrimas, y me afirmó en el propósito que tenía de llevarme conmigo á España á mi inocent Ana.

Pensaba conducirla al lado de Juana, según su madre me encargaba; y si bien un sentimiento de amargura se abría paso en mi corazón al pensar en lo dichoso que hubiera podido ser uniéndome á aquella angélica criatura, puedo deciros con verdad que la memoria de los beneficios que debía al padre de mi esposa, la grave y tranquila afección que ésta me inspiraba y el amor de mi hija, dominaron bien pronto aquel doloroso pensamiento.

Sali de mi casa, y, dirigiéndome á la de un

platero, compré un medallón de oro pendiente de una cadena del mismo metal; encerré en él la trenza de la madre de Ana, y lo guardé, esperando la hora de ir en su busca, y haciendo activamente los preparativos de nuestra marcha, que debía efectuarse al rayar la aurora.

Dieron, por fin, en la gran catedral las once y media; tomé una escala de seda preparada de antemano, y me dirigí á la vivienda de Ana.

Ya me esperaba ésta en la ventana: asegurando la escala, bajó con pie firme, y mi mano tocó la suya por primera vez, para ayudarla á descender.

Cuando estuvo en el suelo, puse en su cuello la cadena de la cual pendía el medallón.

—Guarda—le dije,—guarda, Ana mía, este recuerdo de nuestra madre que te ofrece la mano de tu hermano.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó con indecible alegría;—¿y eres tú mi hermano?

—Si—contesté con voz firme y pidiendo desde lo íntimo de mi alma perdón á mi madre por aquel generoso engaño, que me recordaría mis deberes;—sí, Ana, yo soy tu hermano y esta feliz nueva la he encontrado en los papeles que esta mañana me entregaste.

—¡Ah! ¡por eso quizá te amé desde la primera vez que te ví!—exclamó apoyándose con abandono en mi brazo, y disponiéndose á seguirme. La inocente ni aun pensó siquiera en pre-

guntarme quiénes eran nuestros padres: su infantil inteligencia, ofuscada aún por su total ignorancia del mundo, ni siquiera comprendía los lazos de la sangre.

Llegamos, por fin, á mi posada: entonces rogué á Ana que se recostase en mi lecho, lo que hizo dócilmente, y bien pronto su igual y dulce respiración me dió á conocer que dormía.

En seguida, y aprovechándome de su sueño, tomé la pluma y escribí á su madre una carta concebida en estos términos:

«Señora: Ana está en mi poder segura y amparada para siempre: soy esposo y padre, y ella será la hermana de mi esposa.

Vuestra hija y yo partimos para España dentro de dos horas: si algún día queréis abrazarla, preguntad por el pintor del Rey Felipe IV.—*Diego Velázquez de Silva.*»

Dirigi esta carta y me acerqué al lecho de Ana: dormía como un niño en su cuna; pero mi puro amor de artista había sido más santificado todavía con la carta de su desdichada madre, y ni aun llegué mis labios á su frente.

Dos horas, empero, pasé contemplándola: la vista de su angélico semblante, coronado de rubios rizos, llenaba mi corazón de una calma y bienestar que jamás había experimentado. ¡Ay de mí! Era el amor, que tomaba traidoramente la única forma con la cual podía subyugar mi alma.

El primer rayo de la aurora brilló, por fin, en el Oriente; desperté á Ana, y un cuarto de hora después nos dábamos á la vela en un buque español. Al desaparecer de nuestra vista los últimos edificios de la hermosa ciudad de Amberes, de los ojos de Ana brotó copioso llanto.

—¿Qué tienes?—le pregunté.

—¡No lo sé, hermano mío!—dijo ella;—pero me parece que dejo aquí alguna cosa que me es muy querida; y, sin embargo—continuó rodeando mi cuello con sus brazos,—tú y el cabello de mi madre es lo único que me inspira amor en el mundo.

## IV

## LA HIDALGUÍA ESPAÑOLA

Largo rato hacía que el Duque del Infantado estaba absorto en un profundo asombro: miraba á Velázquez como miramos á un ser de una naturaleza superior, porque si bien las licenciosas costumbres de la corte de Felipe IV le habían estragado el corazón, era todavía bastante capaz de comprender toda la nobleza del artista.

—¿Es, pues, esa joven que trajisteis de Flan-